

que tenia prometida una inmediata entrevista. Preparábase ya para cumplir la convenida con Francisco, cuando Cárlos, detenido en España tanto por los huracanes de la revolucion comunera como por los oleajes del mar Océano, le pedia que le esperase y le oyese. Y en efecto, llegó allá en los principios de aquel verano, y tuvo una larga entrevista de cinco dias, en la cual hizo relucir á los ojos del rey la corona de los reyes de Francia y á los ojos del primer ministro del rey, á los ojos del cardenal Wolsey, la tiara de los Papas de Roma. Con estas dos promesas dejó cautivos de su ambicion á aquellos dos corazones, que oscilaban tristemente entre el polo del poder de Francia y el polo del poder de España, en esta terrible y azarosa crisis, en que iban á chocar como dos cuerpos sidéreos los dos mayores reinos del mundo y á traer por ende sobre la tierra una irreparable catástrofe. Imposible, aunque Enrique VIII hubiese querido, el arreglo en las cuestiones que dividian á los dos colosos. Francia y España creian necesario el reino navarro á su mutua seguridad; Francia y España creian indispensable las provincias de Flandes para perfeccionar sus límites la una y la otra para sostener su dominacion sobre los Países Bajos y su imperio sobre Alemania; Francia y España se disputaban el Milanésado, creyendo esta que sin tal feudo no podia subsistir su reino de Nápoles y creyendo aquella que sin tal feudo no podia subsistir su necesaria influencia en Roma y en Italia; Francia y España debian, pues, llegar á las manos, y en esta irremediable catástrofe, tenia Inglaterra comprometidos muchos intereses, porque si de un lado su principal comercio estaba con las provincias unidas, de otro lado estaban sus temores á que el mundo entero estuviese alguna vez á merced del potentado que ganase mayor crédito y pujanza en aquellas terribles y pavorosas competencias.

Francisco I gustaba mas del aparato teatral que del poder efectivo. Así mientras su adversario aprovechaba el tiempo y disponia en secreto los planes para lo porvenir, sin ruido y sin afectacion, él dispendiaba dinero, reunia fastuosa corte, ideaba fiestas costosísimas, no comprendiendo que si la austeridad y la sencillez podian herir á Enrique VIII por creerse mal recibido, el fausto, el esplendor, la riqueza, los torneos, los festejos podian desobligarle tambien por sentirse deslumbrado. Cuando existen los gobiernos personales, y con los gobiernos personales existen esas rivalidades de individuo á indi-

viduo, que pueden nacer del gesto, de la figura, de la palabra, de un accidente cualquiera, por pequeño que parezca, ciertamente hay necesidad de meditar mucho todo cuanto debe hacerse á fin de impedir que causas á primera vista insignificantes produzcan grandes y á la larga tristes consecuencias. Ya en los preparativos de las fiestas soltó Francisco I una frase de cariño que contestada por Enrique VIII con acritud venia como á demostrar cuántos peligros encierran las cuestiones políticas hasta cuando apelan á lo que mas suele agrandar á los semi-dioses del mundo, á la adulacion y á la lisonja. Habia dicho el rey de Francia que mientras no viese al rey de Inglaterra, no se cortaria las barbas; y el rey de Inglaterra habia dicho al rey de Francia que el verdadero cariño se encuentra en los corazones y no en las barbas. Así corrian grave peligro de indisponerse aquellos dos jóvenes de veintiseis años el uno y de veinticuatro el otro; alto y espigado el mas joven, el de Francia, y ya mas grueso el de Inglaterra; los dos amigos de torneos en los cuales el deslucimiento de cualquiera de ellos podia traerles una enemistad; los dos amigos de ejercicios de fuerzas en cuyas incidencias podia nacer una guerra; los dos dados á amores en cuyas aventuras y peripecias podia tristemente abrirse una de esas heridas del corazon verdaderamente incurables que, decidiendo de la suerte individual de los grandes dominadores, deciden tambien de la suerte general de sus dominios. Naturalmente, cuando se acercaban Francisco I y Enrique VIII, Cárlos V habia deslizado ya en la mente del árbitro coronado la promesa de un nuevo reino y en la mente de su primer ministro el proyecto de pontificar y en las manos de ambos algunas cuantiosas rentas. La entrevista aparatosa y teatral era la entrevista de Francisco I y Enrique VIII; pero la entrevista fructuosa y política era la entrevista entre Enrique VIII y Cárlos V. Por eso no puede creerse, no debe creerse la causa secundaria, por el gran Michelet apuntada, al malogro de las vistas entre el rey de Francia y el rey de Inglaterra. No los apartó, no, el que este cayera en una porfía gimnástica, en una lucha de fuerzas individuales, sostenida cuerpo á cuerpo, en que este cayera de esa suerte á los piés de aquel, no; los desavino la lucha de ideas y de intereses en que estaba á la sazón metida toda la Europa occidental, por las rivalidades irremediables entre Francia y España, ganosas ambas de un predominio absoluto en Italia.

El día mismo en que Carlos V se apartó de Enrique VIII, este se dirigió á Francia, donde llegó en compañía de la reina Catalina su mujer, tía del Emperador por hermana de Juana la Loca, y en compañía de aquel Wolsey, su primer ministro, á quien daba toda su confianza, y en compañía de un gran número de prelados y de señores, llevando consigo vasto palacio portátil de cristal, dispuesto de tal suerte que podía montarse y desmontarse á capricho, y cubierto con riquísimos tapices, cuyas grecas y arabescos y figuras deslumbraban la vista y demostraban cómo habían llegado hasta los frios reinos del Norte los gustos artísticos del deslumbrador Renacimiento. Así, por la noche se encerraba en fuerte castillo, y de día, en tan ligera y trasparente vivienda. Con estos precedentes, y yendo á ver príncipe tan fastuoso como Francisco I, no hay decir cuánto dispendio costaría la régia y aparatosa entrevista. Acompañaban al rey Francisco I la reina Claudia su mujer, la duquesa de Angulema su madre, la duquesa de Alenzon su hermana, las tres gracias de aquella corte, las tres musas de aquella poesía, las tres Pitonisas de aquella política, en torno de las cuales se agrupaban damas innumerables, vestidas todas con espléndida riqueza, y mas atractivas que por este externo brillo, por su hermosura y por su gracia, que contrastaban en artístico y no combinado contraste con las pesadísimas armaduras de tantos caballeros feudales como personificaban en aquel cortejo, plenamente monárquico, los tiempos antiguos de la conquista y de la guerra, no mitigados por la presencia de numerosos cardenales y obispos, mas dados al cultivo de su autoridad temporal y mundana que al culto de Dios y de sus santos. Lo cierto es que la riqueza desplegada en aquellos conciertos y entrevistas arruinó á la aristocracia francesa, la cual llevaba, segun la expresion de un escritor de aquel tiempo, sobre sus espaldas sus molinos.

De todas suertes, eran de ver las tiendas cubiertas de telas argentadas y áureas que parecían desprendidas estas del sol y aquellas de la luna; las mil banderolas, á cual mas vistosa y gallarda, que al viento se mecían, y ostentaban los blasones heráldicos de tantas poderosas familias y las insignias aristocráticas; el pabellon real rematado por una estatua de oro macizo, cuyo brillo deslumbraba, semejándose á un astro aparecido, con acuerdo del día, para ostentar una desconocida luz; los dos héroes de la fiesta, caballeros en

corceles briosos, vestidos cada cual en competencia, tocados con birretes de terciopelo, en los que brillaban los diamantes y los rubíes y las esmeraldas, y flotaban blancas plumas que les caían sobre los hombros; precedidos de sus sendos condestables, los cuales llevaban las espadas desnudas en la mano y acompañados de sus respectivos cortejos, tras cuya muchedumbre iban de cada lado trescientos arqueros, dando todos tal fiesta á los ojos que parecía mas bien fantástica que histórica y real aquella inverosímil reunion de potestades terrestres endiosadas como si fueran potestades del cielo.

La entrevista de Enrique VIII y Carlos V habia sido menos ruidosa, menos brillante, menos artística, pero mucho mas favorable á los intereses políticos de ambos poderosos magnates. Francisco I mudó la camisa por propia mano á su huésped como si fuera su señor; Enrique VIII se denominó prisionero de quien solo aspiraba en su situacion á ser su aliado y amigo; dióle este á aquel un collar riquísimo que llevaba al cuello y aquel á este una pulsera mucho mas rica todavía que llevaba siempre al brazo; justaron juntos en torneos donde el Rey de Francia mostró su habilidad y el Rey de Inglaterra su pujanza; hasta porfiaron en ejercicios corporales: Enrique VIII llevó su empeño hasta derribar de un golpe y aturdirlo, como si fuera combatiente verdadero, al enemigo de aparato que le habían expedido y designado, mientras Francisco I, á su vez, llevó tambien su empeño hasta dar la zancadilla y derribar por tierra sin consideracion ninguna y temerariamente á su régio colega; de todo lo cual resultaron muchas fiestas, increíbles diversiones, juegos de todas clases, pero ninguna ventaja, ni política ni social, á los dos soberanos, que concluyeron por separarse, despues de tantos días de regocijo, sin haber aprendido, no ya á quererse, pero ni aun á estimarse mutuamente.

Lo cierto es que las tropas francesas atacan á los Países Bajos y á Navarra, mientras las tropas españolas invaden á Francia; y Enrique VIII, llevando demasiado léjos su hipócrita proceder y su doble conducta, se presenta como mediador y árbitro de un litigio en que era por completo principal y activa parte. Así, mientras el cardenal Wolsey se da un gran trabajo para concertar treguas entre Francisco I y Carlos V, este se une mas á Enrique VIII, hasta obligarle á entrar públicamente en su alianza. No debe maravillarnos, pues, que el Rey de Francia tenga que abandonar el Milanesado

y reducirse á defender su propio reino, herido y maltrecho de la declaracion de guerra descaradamente hecha por el Rey británico y secundada generalmente por Europa, casi toda ella en armas contra Francia, la cual se retuerce bajo las amenazas de una terrible desmembracion. A tantas y tantas dificultades únense las discordias entre los magnates franceses, tan gráficamente representadas por el Condestable Borbon, quien abandona las banderas de su patria y de su Rey, para pasarse á las banderas del Emperador y del Imperio, de los cuales aparece como lugarteniente general en los campos de Italia. Así Bonnivet, el general de Francisco I, combate en retirada hácia los Alpes; el caballero Bayardo muere en una retaguardia, defendiéndose heroicamente; el ejército francés se repliega en el territorio de su nacion; mientras las tropas imperiales invaden Francia por las costas ligúricas y van á estrellarse oscuramente allá en la heroica resistencia de Marsella.

Así Francisco I atraviesa los sitios consagrados por sus antiguas victorias y acampa en aquella feraz y codiciada Lombardía, objeto de todos sus anhelos. Nada le detiene en su carrera, ni el invierno que avanza; ni el escrúpulo y el temor de los principales capitanes franceses que temen á Italia como los navegantes griegos temian á Circe. Los primeros aspectos de aquella campaña tomaban caracteres muy favorables á las empresas del Rey de Francia. Los imperiales renunciaron á defender la línea del Tesino; y se recluyeron en las cinco grandes plazas del Milanesado, en Alejandría, Como, Lodi, Cremona y Pavía. El Rey se apoderó de Milan, plaza descubierta, á pesar de su importancia y de su fortaleza; y en vez de dirigirse hácia Lodi, en cuyo punto pudiera vencer fácilmente á los imperiales, se dirigió á sitiar á Pavía, lo cual, sabido por Pescara, le hizo exclamar: «Éramos vencidos y antes de poco seremos vencedores.» El 26 de octubre de 1524 encontróse Francisco I frente á frente de Pavía. Ciudad de verdadera importancia en el Milanesado, antigua capital de Italia, cabeza del movimiento lombardo que se inauguró contra la Rávena de los griegos y del movimiento gibelino que se inauguró contra la Roma de los güelfos, núcleo de los reinos del Norte, verdadero soldado de las huestes imperiales, rival de todas las ciudades italianas por su inmensa importancia histórica, Pavía estaba en sus tradiciones y en la fidelidad mayor á sus antiguos deberes, defendiendo con coraje la causa imperial,

á la sazón personificada en el jóven y animoso Cárlos V. Tentadora presa para el fastuosísimo Francisco I aquella deslumbradora ciudad, en medio de los verdes campos donde se enlaza la vid con el álamo; á la orilla de caudaloso rio que la lame blandamente y le ofrece espejos á sus deslumbradoras perspectivas; poblada de palacios y de templos y de monasterios que la hacian con sus magníficas líneas aun mas codiciable; y defendida por esas torres, por esas murallas italianas, las cuales se asemejan, mas que á las ceñudas fortalezas de los sitios y de los combates, á las coronas murales de la fortuna y la victoria.

Sitiada estrechamente, parecia no poder resistir á este poderoso sitio, pero la defendía el valor español personificado en aquel Antonio de Leiva, á quien hay que admirar por el conjunto raro de cualidades diversas, por el arrojo unido á la prudencia, por el cálculo unido al entusiasmo, por el coraje unido á la tenacidad, por las virtudes del soldado unidas á las grandezas del general, por tantas y tantas prendas como le elevan aquí, en esta tierra de héroes legendarios, á la estirpe inmortal de nuestros grandes capitanes. Una de las cualidades primeras de nuestra raza es la tenacidad en los sitios. Ni alimentos, ni leña, ni dinero tenian los sitiados. Y abandonados de todos, jamás les abandonaba la fuerza principal de nuestro ejército, la fuerza de su esperanza. Por fin los imperiales llegaron á vista de Pavía. Mandábanlos todos los grandes capitanes del Imperio, el duque de Borbon, el virey de Nápoles, el célebre jefe de Lansquenets Frunsberg, el inmortal esposo de Victoria Colonna, el marqués de Pescara. Nunca mas pagado de sí, nunca mas seguro de su estrella Francisco I que en aquel decisivo y supremo instante. Así escribía jactancioso á su madre, porque los imperiales se corrieran al Este de Pavía, punto por donde la ciudad podia ser mas fácilmente socorrida, que colocados entre dos canales, no se atreverian de ninguna suerte á hacerle frente. En efecto, tres semanas estuvieron frente á frente los ejércitos enemigos, sin que los unos pudiesen socorrer á Pavía, ni los otros rendirla. Al fin de estas tres semanas, la ciudad hubiera caído, falta de municiones, si los imperiales no logran llevarle algunos sacos de pólvora y sostener su esperanza con ataques varios, dirigidos al campo de Mirabello, donde los franceses se habian formidablemente atrincherado, interponiéndose entre la ciudad sitiada y los ejércitos